



El Toro

Naru Ishida

Sinopsis: El clan Aizawa rompe una alianza con los Hattori, debido a una importante deuda de dinero. Comienza así una guerra entre ambos clanes en la que finalmente, los Hattori toman venganza enviando a su más letal y fiero asesino, un mestizo de gran envergadura apodado “El Toro”.

Tras liquidar a todo el clan, “El Toro” se enfrentará al último superviviente del mismo, Takesi Sato, un chico bipolar con graves trastornos de hipersexualidad.

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com

Capítulo 1

Propinó una fuerte patada a la puerta, la cual no solo se abrió de golpe, sino que las bisagras saltaron y la puerta cayó a plomo contra el suelo provocando un gran estruendo. Alguien entró pisando la misma, haciendo que la madera no solo crujiere, sino que se partiese en dos como si la hubiese pisado un elefante. Un asombrado inquilino salió al pasillo, pero no tuvo tiempo de cuestionarse qué había pasado, pues recibió una ráfaga de disparos por el tipo que había entrado de aquella forma tan bestia. Al oír el ruido, más miembros de aquella familia, tipos trajeados, salieron para ver qué ocurría, pistolas en mano. Pero era inútil, nada podían hacer contra el asesino más temido por todos los clanes yakuza, aquel al que apodaban “El Toro”.

Con la parsimonia que le caracterizaba y su habitual sangre fría, “El Toro” continuó disparando a diestro y siniestro, matando a todo aquel que se interpusiese en su camino. Hasta llegar al despacho del jefe.

Las instrucciones habían sido claras, y ahora las estaba cumpliendo. Era lo que les pasaba a los que no pagaban y por tanto, llegaban a romper una alianza, como era el caso. Lo que no sabía el clan Aizawa es que sus ahora enemigos, el clan Hattori, contaba con el yakuza más fiero y sanguinario de todo Japón. Aquel asesino era famoso por sus viles actos, su fría actitud y también por su físico, que no pasaba en absoluto desapercibido y que bien le había llevado a ganarse aquel mote, pues “El Toro”, realmente parecía un toro. Con sus más de cien kilos de masa muscular, su altura y el hecho de llevar un piercing en la nariz a modo de argolla, bien le hacía parecer que lo era. Su piel era oscura debido a su mestizaje, pues por sus venas corría tanto sangre africana como japonesa. Llevaba el pelo rapado y sus ojos eran de un color gris perla. Numerosos tatuajes tribales decoraban su enorme cuello y brazo derecho. Era el tipo de persona con la que nadie le gustaría enfrentarse en una pelea.

Con un gesto completamente neutral, irrumpió en el despacho y el jefe ya se encontraba de pie, sudando frío.

— No por favor, espere... déjeme explicar que...

Demasiado tarde, antes de que terminase de hablar, “El Toro” disparó contra él varias ráfagas. El jefe del clan Aizawa cayó sobre su escritorio y enseguida se formó un charco de sangre. Realmente todo quedó teñido de rojo: el suelo, las paredes, los muebles, todo. Donde había sangre, “El Toro” había actuado. Mataba sin hacer preguntas, sin cuestionar, sin piedad alguna. Un fiel asesino que más bien parecía una bestia que un ser humano.

Tras asesinar al jefe de los Aizawa, “El Toro” dirigió sus pasos hacia la dependencia de al lado, pues le había parecido escuchar un ruido.

Alguien quedaba con vida.

Las respiraciones eran entrecortadas pero perfectamente audibles. A primera vista no parecía haber nadie pero estaba claro que alguien se encontraba agachado tras un escritorio. “El Toro” entrecerró los ojos y respiró como lo hacía este animal, levantó el arma y disparó varias ráfagas al techo.

Unos brazos en señal de rendimiento se levantaron por encima de la mesa. Era el último miembro del clan que le faltaba por liquidar. La respiración de aquella persona era muy agitada, sin duda debido al miedo.

La última víctima se levantó muy despacio, quedando de espaldas y con los brazos en alto. Era un chico bajo de estatura y pelo rubio, vestía una camiseta de rejilla y tenía un aspecto muy juvenil. “El Toro” se acercó y le encañonó por detrás, pero, tras unos intensos segundos de incertidumbre, le dio un pequeño toque con el cañón del arma en el hombro. El chico entonces adivinó lo que quería, por lo que muy despacio, se dio la vuelta. Era muy atractivo y menudo de cuerpo, con unos increíbles y grandes ojos azules. Su pecho se inflaba y desinflaba con celeridad.

Se encontraban ahora frente a frente. “El Toro” entrecerró sus ojos grises sin dejar de apuntarle pero le bastó unos segundos para comprobar que no era el miedo lo que hacía jadear a aquel extraño chico. Este llevaba la bragueta de sus pantalones abierta; y su mano derecha, que mantenía en alto, estaba aún manchada de lo que sin duda era semen.

— No hay nada... —comenzó a decir despacio y con una expresión de furia contenida—... en este mundo que pueda satisfacerme. Dame pues la muerte, si es a lo que has venido.

Dicho esto, el chico cerró los ojos con fuerza y apretó los labios. Su miserable vida marginal se coló en su mente en aquellos segundos en los que escuchó la recarga de las armas que terminarían con él, con su enfermedad, con todo. De repente se hizo un silencio absoluto, roto únicamente por los latidos de su corazón que podía sentir en cada molécula de su cuerpo. Aún seguían pasando los interminables segundos y nada ocurría.

— Vamos... —susurró apretando los dientes.

Sintió entonces el frío cañón del arma en su frente. El chico tragó saliva y entreabrió los labios para intentar atrapar el último aliento antes de morir. Pero en lugar de disparar, el cañón del arma bajó hasta su nariz, pasó por sus labios carnosos, su cuello... Abrió los ojos cuando sintió el cañón en su entrepierna.

— Ah...

La expresión de su rostro había cambiado por completo. De nuevo aquella sensación que le consumía por dentro, sin importar la situación, sin importar que estaba a punto de morir. Era aquel apetito sexual que parecía no poder saciar nunca.

Ahora “El Toro” le dio un golpecito con el arma en la barbilla, para que levantase la vista. Se encontraba muy cerca, irguiéndose delante de él como una montaña. El chico se obligó a observarle. Debería de sentir miedo, como todo el mundo en una situación como aquella, pero

él no era como todo el mundo, y “El Toro” parecía haberse dado cuenta de ello. Dejó sus armas encima de la mesa y apresó con una fuerte mano el cabello rubio del chico, tirando de su cabeza hacia atrás. Se agachó para ponerse cara a cara mientras respiraba fuertemente por su nariz. Su gesto era más que temible.

— Tú... eres ese al que apodan “El Toro”, ¿verdad?

“El Toro” entrecerró aún más los ojos, pero no contestó, aunque para el chico, la respuesta era más que evidente. El hombre se irguió sin soltar la cabeza del muchacho y la puso a la altura de su entrepierna. “El Toro” vestía unos vaqueros rotos y una camiseta blanca de tirantes que hacía un increíble contraste con su morena piel. Pero no fue eso en lo que se fijó ahora su víctima. El chico ahogó un gemido en cuanto vio el prominente paquete.

— Joder... tío no me hagas esto.

Sin abrir aún la boca, “El Toro” se desabrochó los pantalones con la mano que tenía libre y liberó el miembro más grande que aquel chico había visto nunca. El chico no lo pensó dos veces y lo engulló dentro de su pequeña boca como si su vida dependiese de ello, no solo porque era algo que le gustaba hacer, si no porque, efectivamente, su vida estaba en juego.

La respiración de “El Toro” era fuerte, se mantenía en pie y sus grandes músculos se mantenían tensos mientras dejaba que aquel chico lamiese con fervor su excitado miembro, poco a poco y cada vez más deprisa. No parecía importarle que la policía pudiese llegar de un momento a otro, pues sin duda alguien podría haber alertado al escuchar los disparos.

Continuó engullendo, succionando y chupando aquel enorme miembro viril, grande, moreno y duro como una roca, tomándolo entre sus dos pequeñas manos, sin detenerse y con energía que debió de sorprender incluso al Toro, quien apretó los dientes y le instó a que fuese más rápido, jadeando como solo una bestia lo hacía, por lo que su víctima se preguntó si aquello sería suficiente para que le perdonase la vida o si solo era un juego previo antes de su muerte.

Segundos antes de poder correrse, algo sucedió. Alguien irrumpió en las oficinas y ambos pudieron oír claramente que se trataba de la policía.

Gruñendo y muy rápido, el Toro se abrochó los pantalones, tomó las armas y cargó con el chico al hombro, como si fuese un saco de patatas. Salió con cuidado al pasillo y vio efectivamente a unos agentes entrando en la primera estancia. Estaría complicado salir por la puerta por lo que las opciones de salir sin que les viesen eran muy escasas.

El Toro sintió que el chico le daba unos golpecitos en la espalda y susurró.

— Eh, en la habitación de enfrente hay una ventana, ¿la ves? Da a una escalera contraincendios. Podemos salir por ahí pero hay que darse prisa.

El Toro volvió a mirar por el pasillo. Sin soltarle y tras ver que no había moros en la costa, cruzó el pasillo y se dirigió a la ventana, la abrió y comprobó que el chico tenía razón. Bajó rápidamente por la escalera y una vez en la calle se escabulló por un callejón, lejos de la policía. Iba al trote con el chico a cuestas.

— Puedo correr, ¿sabes? Además es muy sospechoso si me llevas así, ¿no te parece?

El Toro se detuvo tras asegurarse de que no le seguían. Bajó al chico pero le mantuvo sujeto por su camiseta.

— Tío, que no me voy a escapar, confía en mí, les despistaremos, terminaré lo que he empezado y podrás matarme en paz, ¿de acuerdo?

Le tendió una mano. El Toro le miró con gesto de extrañeza y desconfianza absoluta. Era el chico más raro con el que se había topado nunca. Habló por primera vez y lo hizo con voz muy grave.

— ¿Por qué quieres terminarlo?

— Tío ya creía que no sabías hablar... vale, vale, no me mires así, es que verás se lo que es que te dejen a medias, es una verdadera putada, yo me volvería loco.

El Toro apretó los labios y entrecerró sus fríos ojos grises.

— Bueno, ¿hay trato?

Seguía manteniendo la mano en alto para que se la estrechase. El Toro volvió a mirar hacia la desierta calle que habían dejado atrás, parecía que efectivamente les habían despistado. Tras unos intensos segundos en los que no le quitaba la vista de encima, el Toro estrechó su fuerte mano y al hacerlo atrajo al chico hacia sí.

— ¿Cómo te llamas?

— Takesi Sato. ¿Y tú?

El Toro le observó con desconcierto, ¿realmente quería saber su nombre?

— No lo recuerdo. — contestó con indiferencia.

No sabía si mentía o decía la verdad, pero Takesi no quiso cuestionarlo, aún recordaba que aquel tipo le daría muerte, el descanso que por fin necesitaba.

— Bueno no importa, mira... parece que no nos siguen, deberíamos ir a tu casa. Yo vivía con los del clan, en las mismas oficinas así que...

Sin dejar que terminase de hablar, el Toro le tomó por el cuello y le hizo andar hasta tomar el metro que se encontraba más cercano. Era cerca de medio día y los vagones iban repletos de gente, algo a lo que los japoneses estaban más que acostumbrados. Sin soltarle ni un segundo, el Toro puso a Takesi contra la pared, al final del vagón y se plantó delante de él sin moverse a pesar de que la gente le empujaba por detrás. Su gesto era de enfado y terminó por apoyar una mano en la pared por encima de Takesi que le llegaba casi a la altura del pecho.

Se encontraban tan cerca que Takesi no pudo evitar tocar aquel cuerpo de pecado. Deslizó su pequeña mano por debajo de la camiseta del Toro para descubrir sus increíbles y trabajados abdominales. Pero retiró la mano enseguida y respiró hondo varias veces. Aquella sensación le

recorría el cuerpo como un potente veneno que actuaba muy deprisa. Estaba tan empalmado que creía le daría un infarto. Este gesto no pasó desapercibido para el Toro, quien recordaba y tenía en su mente tan solo una frase, la frase que había salvado de momento a aquel chico de una muerte segura.

“No hay nada en este mundo que pueda satisfacerme”.

Estaba muy enfadado por no haber cumplido del todo su misión, al menos de momento. Y es que en lugar de haber pillado a aquel chico muerto de miedo, como todos, le encontró masturbándose, soltó aquella frase y se quedó tan ancho, admitiendo su muerte. Eso le desconcertaba y le disgustaba al mismo tiempo.

Ahora, vio como Takesi se mordía el labio y tenía una expresión de sufrimiento, como si tuviese en su interior una bomba que explotaría de un momento a otro. A pesar de estar rodeados de gente, el Toro se pegó a él sin quitarle la vista de encima. Takesi se sujetó a su cintura haciendo que su respiración fuese aún más acelerada. La situación no mejoraba pero entonces Takesi observó con estupor que el Toro deslizaba su gran mano por su pequeño torso hasta sujetar su paquete, el cual apresó y comenzó a masajear suavemente.

— Para ser tan canijo, la tienes grande. —susurró en su oído. Takesi se quedó paralizado, comenzó a sudar frío.

— No, no hagas eso... joder no aguantaré. Además hay mucha gente, me oirán... —dijo a la vez que comenzaba a jadear.

El toro observó cómo se le colorearon las mejillas y la expresión de sus ojos... era algo que jamás había visto. Estaba acostumbrado a ver los ojos que tenía la gente justo antes de morir, pero no aquellos ojos, esos jamás los había visto. Continuó con aquellas caricias haciendo caso omiso a lo que decía. Takesi apoyó su frente en el pecho del Toro y estrujó su camiseta con ambas manos, no podía soportarlo. Intentaba no jadear muy fuerte, pero era algo prácticamente imposible. Entonces el Toro introdujo uno de sus dedos en la boca de Takesi, eso le callaría, pero también le excitaría más.

Para intentar evitar miradas indiscretas, el Toro le dio media vuelta para que Takesi mirase contra la pared, le tapó la boca con la mano y sujetó su miembro, acariciándolo esta vez directamente, para llevarlo al límite. Takesi lagrimeaba de placer, solo sería cuestión de segundos y podría descargar todo lo que llevaba dentro, o al menos una buena parte. Se removió nerviosamente por lo que el Toro le sujetó por la cintura mientras seguía incitando a su miembro.

Takesi resoplaba y sus gemidos eran cada vez más intensos, pero aquello ya era demasiado para él. Cuando sintió lo inevitable, puso los ojos en blanco y gritó, corriéndose como jamás lo había hecho. El orgasmo más fuerte que había tenido. Pero no tuvo tiempo para descansar, habían llegado a la siguiente estación y el Toro ya le estaba arrastrando hacia la puerta mientras la gente se preguntaba qué había pasado. Cuando salieron al andén, el chico aún resoplaba y apoyó sus manos en las rodillas, las piernas le temblaban.

— Joder... qué fuerte...—dijo sin aliento. — Tío si me vas a matar hazme un favor, hazlo así...

El Toro chascó la lengua y de nuevo le tomó del cuello para seguir andando, esta vez más despacio. Salieron a la calle y Takesi agradeció por primera vez sentir la brisa en su piel, respiró hondo para que sus pulmones se hinchasen del aire que anhelaban. Aún se sentía fatigado, pero extrañamente satisfecho, y se preguntó cuánto le duraría.

Luego se fijó en la zona en la que se encontraban, debían de estar en las afueras. Pero pronto se introdujeron en el interior de lo que parecía ser un parking. El Toro sacó unas llaves de su bolsillo y se plantó delante de un Lamborghini Diablo.

— Es una maldita broma ¿verdad?

El Toro no contestó, se abrieron las puertas y le instó a sentarse en el asiento del copiloto. Takesi admiraba cada detalle y observó a aquel corpulento hombre sentarse al volante.

“Un toro que conduce un diablo” pensó con gracia.

— Te pagan bien por tus matanzas ¿eh?

Una mirada fría se clavó en él como si le clavasen un par de puñales, por lo que Takesi decidió mantener la boca cerrada, pues bastante suerte estaba teniendo de momento, dadas las circunstancias.

El Toro arrancó y salió a toda pastilla.

Por el camino, atravesaron una zona montañosa. Estaba claro que aquel tipo vivía en un lugar muy apartado, algo bastante apropiado dada su naturaleza de asesino a sueldo.

La guantera del coche se abrió de repente.

— Ponte eso. — ordenó con voz ronca.

Takesi miró dentro y sacó lo que parecía ser un collar de perro con una fina y larga cadena.

— Lo llevarás puesto día y noche.

Al decir eso, Takesi no sabía si sentirse aliviado, pues parece ser que el Toro de momento no tenía intención de matarle sino que parecía querer jugar a las mascotas. Se la puso sin cuestionar y no dijo nada hasta que llegaron a su destino.

Capítulo 2

Cuando el Toro detuvo el coche y salieron del mismo, Takesi se quedó extrañado.

— ¿Un supermercado? ¿Vamos a comprar? —preguntó mientras el Toro tomaba el extremo de la cadena que estaba sujeta al cuello del chico, tiró suavemente de él.

— Vamos.

Se dirigieron en primer lugar a una fila de carros y el Toro tiró de uno de ellos liberando la cadena a la fuerza sin introducir la correspondiente moneda. Sin decir nada tomó a Takesi por debajo de sus hombros y lo metió dentro del carro como se solía hacer con los niños pequeños.

— Esto va a ser divertido...

Era algo digno de ver, aquel chico rubio crecido metido en un carro empujado por un hombre de color de tamaño cuatro por cuatro, sin duda era algo que no se solía ver a menudo. Como tampoco fue normal la compra que hicieron. Tras recorrer varios pasillos y en lugar de comprar comida, el Toro detuvo el carro frente a un lineal lleno de cajas de condones. Una hilera tras otra de cajas cayeron dentro del carro, hasta vaciar todo el lineal. Takesi tragó saliva y empezó a darse cuenta de las intenciones que tenía el Toro con él.

“¿Soy su reto personal? ¿Quizás por lo que dije?”

Pero se puso pálido cuando el Toro comenzó a echar en el carro varios botes de laxante.

— ¡Eh! —Se dio media vuelta para observarle— Eso no hará falta, soy como un reloj ¿sabes?

El Toro no dijo nada y devolvió unos pocos, pero dejó un par de botes dentro y puso un gesto que Takesi interpretó como un “por si acaso”. Pero el chico comenzó a ponerse nervioso cuando por último echó al carro cantidades indecentes de papel higiénico.

— Joder, te lo has tomado en serio... no sé si alegrarme o ponerme a llorar.

El Toro se agachó un poco.

— Ambas.

Con esta particular compra, el Toro se dirigió ya hacia la caja de cobro. Una cajera de mediana edad abrió mucho los ojos y comenzó a pasar todo por el escáner sin quitar la vista de encima a Takesi, quien estaba sentado en el carro con una tonta sonrisa en su cara, encogiéndose a la vez sus hombros. Le observó con lástima y luego se dirigió al Toro diciendo lo que tenía que pagar.

Takesi creyó que este sacaría un arma o algo similar y se pondría a dar tiros, dada su naturaleza, pero no, el Toro pagó con tarjeta de crédito y salieron. Varios clientes se

asombraron por ver a tan particular pareja con una compra que no daba a lugar a dudas de lo que se proponían hacer.

Continuaron su camino en el coche y Takesi no pudo evitar hablar, tenía que preguntárselo directamente.

— De acuerdo Toro, ahora en serio, ¿esto es por lo que dije? ¿Es una especie de reto?

Unos segundos cargados de incertidumbre.

— Sí.

— ¿Y qué pasará si no lo consigues? Si no consigues... satisfacerme.

El Toro se pasó el dedo por el cuello.

— Ya, muerto, entendido.

Ahora todo estaba más claro, el Toro había perdonado la vida de Takesi, al menos de momento, ya que se había tomado el reto personal de intentar satisfacer su siempre creciente apetito sexual. Takesi desconocía los motivos pero de momento decidió que tenía que alegrarse por su buena suerte. Y se alegró aún más cuando observó el sitio al que por fin, habían llegado. Se bajó del coche emitiendo un sonoro silbido.

Era una casa bastante grande y al más puro estilo tradicional japonés. Disponía de un cuidado jardín e incluso sus propios baños termales.

— ¿Es tuya?

El Toro asintió mientras le tiraba de la cadena del cuello con suavidad y metían sus especiales compras en el interior de la casa. Takesi observó con gracia como el Toro iba repartiendo las cajas de condones por los sitios más estratégicos de toda la casa, para tenerlos a mano. Incluso le dio a él mismo algunos para que se los guardase y él hizo lo mismo. Las botellitas de laxante se quedaron en el armario del cuarto de baño y Takesi rezó para que se quedasen ahí para siempre. Estaba claro que al Toro le preocupaban esas cosas llamadas infecciones y que valoraba la higiene, cosa que pudo constatar aquel mismo día.

Lo primero que hizo el Toro fue examinar a su reciente “mascota”. Este trato no le importaba en absoluto a Takesi quien pensaba que si un tío de esas proporciones le iba a estar follando las veinticuatro horas, poco le importaba si le trataba como a un perro.

— Desnúdate —le ordenó.

Se encontraban en el baño y previamente había quitado, por fin, la cadena de su cuello aunque el collar lo tenía que llevar permanentemente. Solo aquella orden le bastó a Takesi para que su cuerpo empezase a reaccionar de nuevo. Al quedar frente al Toro, desnudo, no pudo disimular su inminente erección. Este sin decir nada, se agachó y deslizó sus grandes manos por la piel blanca y luminosa del muchacho. Le hizo levantar los brazos y las bajó despacio por ambos

lados hasta llegar a las caderas y bajar luego por sus muslos y piernas, pero lo hizo sin quitar la vista del rostro de Takesi, el cual notaba como le ardía la cara, debía de estar rojo como un tomate. Y es que a pesar de padecer una severa hipersexualidad, Takesi nunca había estado con un hombre. Hubo alguien en el pasado, no gran cosa y básicamente era un artista de la masturbación continua y prolongada. El Toro debió de estar pensando en el tema, ya que le preguntó de forma directa.

— ¿Eres virgen?

— Una vez me tiré a mi profesora, mi primera vez. Pero nunca he estado con ningún hombre... ¿los consoladores cuentan?

El Toro se rascó la barbilla.

— ¿De qué tamaño?

— ¿El qué?

— Los consoladores.

— Pues... — Takesi puso ambos dedos índice uno frente al otro para intentar señalar la medida, poniendo cada vez un poco más de distancia. — El más grande puede que tuviera unos... yo que sé, ¿veinte centímetros? —preguntó más que afirmó.

Sin previo aviso el Toro tomó la mano derecha de Takesi y la puso en su abultado paquete.

— Eso canijo, no es nada.

Takesi tragó saliva al sentir entre sus dedos de nuevo aquella potente virilidad. Ya había visto como era la del Toro, y desde luego sus consoladores se quedaban pequeños y cortos. A continuación, le hizo dar media vuelta para empezar a bañarlo, algo que ni siquiera su madre había hecho con él y ahora lo haría un tío que le doblaba en edad, que era de color y que estaba como un tren. Esto hizo que Takesi no solo se sintiese extraño e incluso avergonzado, sino también muy excitado. Dejó que el Toro le enjabonase la piel y aquello ya le estaba empezando a superar, sobre todo cuando paseaba sus manos por los sitios aún más delicados. Cuando ya tenía jabón por todo el cuerpo, el Toro le hizo encorvarse y acarició toda su espalda de principio a fin y luego introdujo la mano entre las nalgas hasta llegar al punto en el que Takesi no pudo evitar doblar las rodillas.

—Ah... —gimió.

Pero el Toro no se limitó solo a enjabonar aquella zona de una forma superficial. Takesi ahogó un grito en cuanto sintió que un dedo le penetraba, por lo que hizo fuerza y contrajo las nalgas.

—Relájate — ordenó el Toro.

— Como... ah... como si fuera tan fácil...

Tras varios segundos, se relajó. El Toro levantó la barbilla de Takesi para poder observar su rostro, continuó penetrándole con los dedos, primero uno, luego dos, hasta que el chico empezó a jadear de una forma alarmante.

— Me... me correré... si sigues... haciendo eso... Además, recuerda que tenemos, ah... una deuda pendiente.

Al Toro no se le había olvidado, ni mucho menos. Quería concluir su prueba y aquel era tan buen momento como cualquier otro. Primero quitó el jabón del pequeño Takesi y después, sin decir nada, se desnudó.

Cuando le observó delante de él en toda su magnificencia, a Takesi le temblaron tanto las rodillas que creía no poder soportar el peso de su propio cuerpo. La piel del Toro era del color del chocolate, bañada con algunos tatuajes tribales. Su musculatura era envidiable y cuando movió los pectorales, Takesi abrió exageradamente la boca.

— Tío en serio, ¿tú que desayunas por las mañanas?

El Toro hizo una mueca, es como si aquel comentario le resultase gracioso, solo que intentó disimularlo. Takesi reía nervioso pero dejó de hacerlo en cuanto el Toro le puso delante de los ojos su increíble y enorme pene.

Esta vez, Takesi empezó más despacio, comenzó lamiendo la punta trazando círculos, luego de abajo hacia arriba hasta que finalmente engulló aquel increíble bocado. El Toro tensó sus músculos y Takesi pudo comprobarlo cuando apoyó las manos en aquellas piernas que parecían de acero.

De nuevo aquella respiración, fuerte, como la de un animal, o mejor dicho, como la de un toro. Este sujetó a Takesi por su cuello y le instó a que fuera un poco más rápido. Takesi notaba como aquel miembro se endurecía aún más dentro de su pequeña boca y lo lamió con más ansiedad. Finalmente el Toro dejó escapar un grave gemido y apretó los dientes, por lo que Takesi interpretó que lo estaba haciendo bien. Entre sus pequeñas manos latía aquella potente virilidad que parecía querer explotar de un momento a otro.

Tras unos intensos minutos devorando aquel miembro, el Toro cogió a Takesi por la cintura y le elevó del suelo, le dio la vuelta quedando este boca abajo, de forma que el Toro tenía ante sí la entrepierna del chico.

— Continúa. —ordenó el Toro.

Era el “sesenta y nueve” en la modalidad de pie, donde el Toro tenía sujeto a Takesi, sin hacer mucho esfuerzo, para que este continuase lamiéndole mientras él comenzaba a hacer lo mismo directamente en su ano.

Al sentir el roce de aquella lengua, Takesi creyó morir. Se le estaba agolpando toda la sangre en la cabeza pero no le importaba.

— Ah... ah...

Intentó agitarse en el aire pero no podía moverse mucho, estaba fuertemente sostenido por aquellos enormes brazos. Se sujetó al “mástil” que tenía bajo él y continuó incitándolo con su boca para llegar al orgasmo. A su vez él sentía aquella lengua lamiéndole y penetrándole sin descanso, perdería el sentido si seguía así.

Cuando Takesi ya estaba lo suficientemente rojo, el Toro se apoyó en el suelo y se tumbó, por lo que ya quedaron en una cómoda posición horizontal.

Estaban al límite.

Takesi nunca había sentido una excitación como aquella. Sabía que se iba a correr como nunca lo había hecho y en aquel momento no le importaba cuánto le duraría la satisfacción.

Un potente chispazo se originó en su entrepierna y le recorrió toda la columna vertebral poniéndole el vello de punta. Espasmos y gritos. Ambos se corrieron en un brutal orgasmo mientras el Toro sujetaba fuertemente a Takesi, el cual comenzó a temblar sin control.

Fue largo, el más largo que había tenido. Eyaculó sobre el Toro y este sobre su rostro con potentes disparos y en cantidad.

— Te... tendrás que enjabonarme otra vez. — bromeó Takesi a la vez que intentaba recuperar el aliento. El Toro solo observó su rostro y se acercó para lamerlo. — Jo tío... qué raro eres.

Terminaron de bañarse y se dirigieron al exterior para compartir las calientes aguas termales. La piel de Takesi se puso enseguida roja como un cangrejo, no así la de Toro, que mantenía su deliciosa tonalidad achocolatada y que nada parecía afectarle, ni siquiera las altas temperaturas, no obstante al estar dentro del agua cambió su gesto normalmente de enfado por uno más relajado. Takesi intentó igualmente relajarse y no pensar, aunque esto último era realmente difícil.

Estaba viviendo con un asesino que le estaba haciendo un favor sexual y eso hacía que numerosas preguntas se le agolpasen en la cabeza y que no pudo evitar formular.

— Ahora en serio, ¿por qué haces esto conmigo? Podías haberme matado sin dudar y sin embargo aquí estamos... —pero el Toro no contestó por lo que continuó hablando— Debo confesarte que una parte de mí sí quería morir el otro día. Es gracioso, mi primer día en la Yakuza, imaginé que sería peligroso pero no hasta este extremo. —habló con tranquilidad, ahora el Toro sí le observó.

— Un niño no debería estar en la Yakuza.

— Que parezca un niño no significa que lo sea... Y bueno ¿qué hay de ti? ¿Por qué entraste?

Una pregunta tonta con respuesta demasiado obvia. El dinero.

— Y... no sé, ¿no te importa la gente?

El Toro cerró los ojos.

— No. Solo es trabajo. Deja de hacer preguntas canijo, me das dolor de cabeza.

EL TORO

Naru Ishida

Takesi puso morros y comenzó a jugar con el agua.

Al cabo de un rato el Toro preguntó.

— ¿Ya estás más relajado?

La verdad era que sí, que Takesi por primera vez en mucho tiempo se sintió tranquilo y relajado, pero eso no significaba que su cuerpo dentro de poco le pidiese más.

Capítulo 3

Aquella misma noche fue la primera vez para el joven Takesi con un hombre, y no con uno cualquiera, sino uno que le triplicaba en tamaño y que era un asesino. Los nervios de Takesi hacían que se sintiese aún más excitado de lo que normalmente estaba.

—Este tío acabará conmigo... en todos los sentidos— pensaba. Aunque por otra parte, lo estaba deseando, pues su cuerpo lo pedía y esto era más fuerte para él que cualquier razón lógica. Era un esclavo del sexo, y lo sabía. Por otra parte crecía también su necesidad de conocerle más, cosa que no entendía, o por lo menos saber qué impulsaba al Toro a hacer eso con él.

Aprovechó que el Toro había salido un momento para deambular por la casa. Takesi fue primero a la habitación de este. No había gran cosa por lo que dedujo que no tenía demasiadas aficiones.

— Su única afición es matar... perfecto. Y probablemente follar como un bestia.

Sus pensamientos hicieron que se excitase pero intentó concentrarse en lo que quería en ese momento. Abrió armarios y cajones hasta encontrar una caja de zapatos que le llamó la atención. La abrió. En ella había varias cosas inservibles y entre ellas un recorte de periódico. Takesi lo desdobló para ver qué decía.

Al lado de una fotografía en la que salían varias personas había una noticia con un titular que rezaba:

“Mueren todos los miembros de una familia asesinados por la Yakuza”

—Y déjame adivinar quién lo hizo...

Pero Takesi se equivocaba. La noticia y la fotografía parecían antiguas. Comenzó a leer:

“Una familia muere asesinada por un ajuste de cuentas. El único superviviente es un niño cuya identidad no ha sido revelada por seguridad. Se cree que fue testigo de los asesinatos que fueron cometidos a sangre fría en el interior del domicilio de la familia que...”

Leyó rápido y luego se fijó mejor en la fotografía. Un chico, de unos cinco años, de color y bastante gordito, aparecía en ella junto con otros miembros de los que sin duda era la familia asesinada de este.

— ¿Es posible...? ¿Es él?

Takesi emitió un silbido y guardó cuidadosamente el recorte en la caja, dejando a continuación la misma justo donde la había encontrado.

— No queremos que el Toro se enfade, ¿verdad Takesi?

Momentos más tarde, el Toro se presentó con varios “juguetes” que hicieron temblar a Takesi. Un juego de consoladores que iban de menor a mayor tamaño y de diferentes colores fue puesto ante sus narices.

— No te gusta perder el tiempo, ¿eh? —aunque pareció sonar indiferente, había nerviosismo en la voz del chico.

Como siempre, el Toro le miraba serio y ahora Takesi intentó fijarse mejor en él, pues quería saber si era realmente el niño que había visto en la fotografía. No obstante preguntar algo en aquel momento podía suponer un suicidio. El Toro parecía estar aguardando.

— Escoge chico, ¿con cuál quieres empezar?

— Con la tuya.

Sin previo aviso el Toro se acercó rápido, le agarró con fuerza del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Se acercó a su rostro resoplando de furia. Takesi tragó saliva.

— ¿Tantas ganas tienes de morir?

A Takesi le comenzó a latir tan fuerte y tan deprisa su pequeño corazón que creía que se le iba a salir del pecho. Estaba jugando con fuego.

— Tío cálmate... solo te estaba haciendo un cumplido. Además, agradezco que quieras empezar poco a poco, pues estoy seguro de que si me metieras “eso” ahora —dijo señalando su entrepierna— me dolería que te cagas y probablemente mañana no podría ni moverme.

— De eso, puedes estar seguro.

Dicho esto el Toro calmó su gesto y le soltó. Takesi se fijó entonces en los consoladores, había cinco en total y escogió uno rosado de tamaño mediano. El más grande era de color negro pero aun así, no llegaba a la medida del Toro.

Este asió la cadena que llevaba Takesi al cuello y tiró levemente de él para conducirlo a su habitación. Takesi le seguía como si fuese un perrito con un enorme hueso que le habían regalado, solo que el hueso era un consolador.

Una vez dentro, el Toro se sentó en un amplio sillón y sin soltar la cadena hizo un ademán con la mano para que Takesi se sentase en el suelo, frente a él.

— Ahora, vas a jugar con tu nuevo juguete.

— “Hentai” — susurró Takesi, pero lo cierto era que él era igual y aquello le gustaba. Era lo que había hecho siempre, solo que esta vez lo haría delante de una persona.

Takesi comenzó a lamer su juguete, de arriba abajo, despacio, fijando su vista en la del Toro. Cuando comenzó a engullirlo, el Toro cambió de postura. Takesi cerró los ojos y comenzó a acariciarse sin dejar de succionar aquel juguete de color rosa. Después se desabrochó los pantalones y deslizó su mano hasta su miembro para liberarlo. En ese instante abrió los ojos y observó la reacción del Toro, que estaba inclinado hacia adelante y parecía estar disfrutando del *show*. Takesi siguió con las caricias y finalmente se bajó los pantalones para mostrar sus perfectas y pálidas nalgas a su anfitrión. Se las acarició con suavidad y dejó de lamer el consolador para introducirse despacio por su ano. A la vez que lo hacía fijo su vista en la entrepierna del Toro, cuyo miembro estaba creciendo de una forma alarmante, pues aquella erección le llegaba casi hasta la rodilla. Takesi comenzó a jadear mientras observaba aquel proceso, dejando su pequeña boca entreabierta. Un gesto de desesperación era visible en su rostro de niño malo. Se introdujo el consolador por completo y sintió un leve tirón en el cuello. Se acercó al Toro. Este, sin abandonar su sillón, hizo que Takesi se pusiera a cuatro patas y comenzó él mismo a penetrarle con el juguete, muy despacio.

— Ah... ah...

Luego se lo dejó dentro y el Toro cogió el consolador más grande. El negro. Lo untó con lubricante y se acercó a Takesi, lo tomó por debajo de los hombros y lo levantó para ponerlo en la cama, le quitó el consolador y observó con interés.

— Aún puedes con más.

— Claro... que puedo con más, ¿qué te crees?

Nada más responder con tan descarado comentario, el Toro le introdujo el consolador negro, poco a poco hasta llegar al fondo. Takesi se convulsionó de placer y gimió aún más fuerte,

aferrándose esta vez a las sábanas. Con suaves movimientos, el Toro lo introducía y sacaba de nuevo, pero no solo se limitó a eso. Metió un dedo en la boca de Takesi y este comenzó a lamerlo con fervor.

De repente paró. Supo que lo tenía a su merced. Le dejó puesto el consolador, se quitó la camiseta y se tumbó en la cama, ocupándola casi por completo. Takesi estaba de rodillas frente a él, aún jadeante. Tras relamerse viendo ese cuerpo de infarto se le ocurrió algo.

— Dime, ¿siempre has estado tan cuadrado? —preguntó mientras paseaba su pequeña mano blanca por aquellos abdominales de chocolate.

— No. Antes era gordo.

— ¿De pequeño?

— Sí. ¿A qué viene esa pregunta renacuajo?

— Nada, nada, curiosidad simplemente.

Ahora estaba seguro, era el niño de aquel recorte de periódico. Era un niño y habían asesinado a sangre fría a toda su familia, incluso era muy probable que hubiese sido testigo de todo.

— “No me sorprende que se haya convertido en lo que es ahora” —pensó Takesi.

Con ese pensamiento en la cabeza, Takesi hizo algo que el Toro no se esperaba. Se acercó hasta él y le besó directamente en los labios. Este tiró de su pelo hacia atrás.

— ¿Qué coño haces?

— Besarte.

— Eso ya lo sé canijo, lo que quiero saber es por qué lo has hecho.

— Joder, me apetecía, yo que se...

El toro le dedicó una mirada glacial y apretó los labios. Takesi se la jugó.

— ¿Qué quieres que te diga? Llámame sádico pero me gustas joder, a pesar de todo y... bueno quizás solo pienses que es agradecimiento por haberme perdonado la vida pero te puedo asegurar que no...

Sin previo aviso, el Toro le tomó con fuerza del cuello y atrapó aquellos pequeños labios entre los suyos. Takesi se encogió y sintió que el corazón le explotaba, al igual que su miembro. El Toro besaba, y lo hacía de lujo. Abrieron sus bocas para jugar con sus lenguas, entrando así en una batalla caliente y húmeda. Takesi jadeaba, pues aún tenía el consolador metido en el culo. Pero no le duró demasiado, el Toro se lo sacó, y al escuchar el sonido de una cremallera, Takesi tragó saliva.

Llegó la hora de la verdad, Takesi lo supo en cuanto el Toro le hizo darse la vuelta y le puso a cuatro patas.

— Tío, se amable...

No le contestó, le fue penetrando lentamente haciendo que Takesi ahogase un grito. Este se aferró a las sábanas tan fuerte que sus nudillos se pusieron blancos. Dolía, pero era dolor placentero, algo inexplicable. Enseguida sintió el aliento del Toro en su pescuezo, este se había reclinado hacia adelante. Aún la mantenía dentro.

— Enhorabuena canijo, eres el primero que lo consigues.

— Conseguir... ¿qué? —preguntó a la vez que lagrimeaba.

— Llegar hasta el fondo.

Nada más decirlo el Toro se retiró hacia atrás lentamente y le embistió.

— ¡Ah!

Espero un par de segundos y dio una segunda embestida. Takesi creía morir de placer.

— ¿Por... por qué te llaman el Toro?

— No sé, dímelo tú.

Una cuarta y quinta embestida. Takesi no había experimentado nunca semejante grado de placer. Las lágrimas le desbordaban y estaba colorado, si seguía mordiéndose el labio se haría sangre. Era algo fuera de lo normal y la respuesta a esa pregunta era algo tan evidente que Takesi se arrepintió enseguida de haberla formulado.

El Toro comenzó con las embestidas de verdad. Bajo él se encontraba el pequeño cuerpo de Takesi, recibiendo aquellas inyecciones de placer asesino.

Jadeaban y pronto la piel del toro se perló de sudor. Cuando este tomó también el miembro de Takesi para darle un doble placer, este ya no aguantó más. Se convulsionó y eyaculó sobre la cama.

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Sin respiro, el Toro se puso en pie, agarró a Takesi por la cintura, le elevó y comenzó a embestirle de nuevo. Frente a frente. Y debido a la fuerza que poseía, Takesi ni siquiera tenía que sujetarse, tan solo apoyó sus pequeñas manos en los hombros del Toro, que le miraba con un gesto entre enfado y placer, haciendo rechinar sus dientes. Takesi echó la cabeza hacia atrás y jadeó aún más fuerte mientras sentía aquella potente virilidad entrando y saliendo sin descanso de su interior.

Sabía que estaba a punto. El Toro se tumbó ahora en la cama e hizo que Takesi cabalgase sobre él, igualmente de frente. Mientras el Toro sujetaba las nalgas del chico con sus grandes manos para hacerle ascender y descender, elevaba sus caderas en una ráfaga de rápidas embestidas que hicieron temblar de verdad el cuerpo de Takesi.

Este sintió como bajo él, aquella mole de músculos se tensaba al límite. Hasta que el Toro no aguantó más, y sujetándole por la cintura con un solo brazo la mantuvo un instante dentro, otra embestida más lenta y a continuación otra.

— Dentro... dentro... —gimió Takesi.

Ambos se corrieron en un torbellino de puro placer y tal como había solicitado, el Toro eyaculó ferozmente dentro él, dándole todo, dándole mucho más de lo que tenía previsto en un inicio.

Capítulo 4

Takesi despertó al día siguiente tras doce horas de interminable sueño. Nunca había dormido tanto y nunca se había sentido a la vez tan descansado y sobre todo, tan satisfecho. Se levantó con dolores en los muslos debido a las agujetas y mientras iba al servicio daba saltitos como si estuviese caminando sobre brasas al rojo vivo. Orinó y respiró aliviado pues de momento, por primera vez, en mucho tiempo, se levantó sin ganas inmediatas de tener sexo. También le dolía el culo horrores.

— Que fuerte... Takesi estás vivo de milagro. — dijo mientras se miraba en el espejo. A continuación se dio una buena ducha.

Al salir se percató de que todo estaba demasiado silencioso. Juraría que se había quedado dormido junto al Toro, pero este no estaba en la cama, y después de llamarle, Takesi concluyó que ni siquiera estaba en la casa. Aquello le produjo varios sentimientos, una especie de decepción que luego se convirtió en preocupación. Decidió ir a su habitación y luego pasó por la cocina. Un periódico con fecha del día estaba abierto por la mitad y Takesi se interesó por el artículo. Era la misma foto del artículo que guardaba el Toro, solo que esta vez en un periódico más moderno. El titular rezaba:

“Asesino se fuga de la prisión”

Takesi comenzó a leer muy rápido. El artículo básicamente decía que el asesino que había matado a la familia del Toro, se había fugado y estaba libre. Algunas fuentes aseguraban haberle visto ayer por la noche en el distrito de Kanto. Más concretamente en la antigua casa donde había cometido aquel delito que marcaría la vida del Toro para siempre.

No podía creer lo que estaba leyendo y estaba claro donde se encontraba el Toro aquella mañana. Sin embargo, Takesi releyó de nuevo el artículo, esta vez más despacio y luego dejó caer el periódico al suelo.

— Es... una trampa —susurró antes de salir disparado por la puerta. Vio una bici amarrada a un árbol y no lo pensó dos veces. A pesar de sus terribles agujetas, pedaleó todo lo deprisa que pudo, con una mala sensación en el estómago.

Por suerte no estaba demasiado lejos, pero cada vez que se encontraba más cerca, más seguro estaba. En ese artículo daban demasiados detalles y Takesi se temía lo peor. Intentó pedalear más rápido con aquella terrible sensación.

Cuando ya estaba lo suficientemente cerca, se bajó de la bici y la misma cayó al suelo. Corrió hacia la casa. Había coches de policía por todas partes, rodeando la misma.

— ¡Mierda!

Habían montado barricadas y enseguida le cortaron el paso. Por más que gritaba e insistía, los policías no le dejaron pasar.

Entonces le vio.

El Toro salió de la casa, molesto evidentemente, pues había caído en una cruel trampa de la policía. Sirviéndose de aquel valioso dato, sabían que se personaría en la casa donde se había criado, buscando al asesino de su familia. Pero allí solo encontró una nube de humo. Cuando ya se le agotaron las balas y la paciencia, salió por la puerta, despacio y muy tranquilo.

— ¡Las manos sobre la cabeza! ¡Al suelo! —gritó un policía a través de un megáfono.

Al menos unos veinte policías le estaban apuntando desde todos los ángulos. No había escapatoria posible.

Con una impotencia terrible, Takesi observaba la escena, hasta que ya no pudo aguantar más. Se valió de su baja estatura para colarse rápidamente por debajo de la barrera y pasar al otro lado, sorteando a dos policías que se quedaron asombrados cuando le vieron avanzar directamente hacia aquel asesino.

— ¡Eh! ¡Chico!

Los policías fueron tras él pero Takesi fue más rápido y con grandes zancadas se dirigió hacia donde estaba el Toro, el cual le observó con verdadero asombro.

Justo antes de llegar, los policías vieron como el Toro se llevaba la mano a uno de sus bolsillos.

Todo enmudeció de repente.

Takesi gritó que no hiciera lo que iba a hacer, pero fue demasiado tarde. El silencio fue roto por múltiples disparos. Todos hicieron impacto en el cuerpo del Toro, antes de que este sacase cualquier arma para defenderse.

Un gesto de dolor, pero el Toro se negaba a caer, por lo que hubo más disparos. Takesi se había tirado al suelo, poniéndose las manos en la cabeza, y cuando cesó el ruido observó incrédulo que el Toro sangraba pero aún le quedaban fuerzas para mantenerse en pie. Hasta que ya no pudo más.

Al hincar la primera rodilla en el suelo, Takesi llegó a su lado e intentó sostenerle. No se dio cuenta que estaba llorando de la rabia.

— ¿Pero qué coño haces? —preguntó con furia.

Sin decir nada, el Toro sacó finalmente lo que quería de su bolsillo. No se trataba de un arma. Los policías resoplaron de alivio, bajaron las armas, pero de momento no intervinieron. Lo que el Toro sacó del bolsillo fue la misma fotografía que Takesi había visto en el periódico. Una familia junto con su hijo, algo gordito y de color. Con las manos manchadas de sangre a causa de las heridas de bala, el Toro se la dio a Takesi.

— Encuéntrale... él podrá protegerte.

Takesi no entendía nada, se guardó la foto y vio con estupor que el Toro se rendía, terminó de caer y el chico intentó sostenerle.

— ¿Por qué dices eso? Maldita sea, ¡que traigan una maldita ambulancia!

Los policías no se movieron y no dijeron nada.

El Toro negó con la cabeza.

— Al final... tú tendrás que vivir por mí.

— ¿Qué? Y una mierda, no vas a morirte. Joder, ¡eres el Toro!

— Precisamente, por eso...

Agonizaba y Takesi lo sabía, aunque no quería admitirlo. Ya había perdido demasiada sangre. Le sujetó con fuerza. Sus dientes rechinaban.

— Maldita sea, ni siquiera se tu verdadero nombre...

Por primera vez, el Toro sonrió, observó a Takesi y con las pocas fuerzas que le quedaban le agarró del cuello y se acercó a su rostro.

— Mi nombre... es TAKESI.

Dicho esto, cerró los ojos y exhaló su último aliento.

Epílogo

¿Por qué? ¿Qué es este sentimiento? ¿Qué quiso decir con que tenía que encontrarle? ¿Encontrar a quién? ¿Por qué? ¿Por qué tuviste que acabar así? Son tantas preguntas sin respuesta...

Deslicé mis finos y delgados dedos por la lápida. Ver su nombre grabado en ella me provocaba una extraña sensación. Era como contemplar mi propia muerte.

HATTORI TAKESI

“El Toro”

1986 – 2014

Era el segundo aniversario de su muerte. Le dejé una flor y me marché. Sin embargo cuando ya iba a tomar el camino hacia la salida, me volví de nuevo. No sé qué me impulsó a hacerlo, pero lo hice. No esperaba encontrar nada pero me extrañé cuando vi a alguien delante de su tumba. Un hombre se encontraba frente a ella. Estaba demasiado lejos por lo que mis piernas, en lugar de dirigirme hacia la salida, me llevaron de nuevo hasta la lápida.

Aquel hombre era bastante grande, de color y con unas largas rastas que llevaba recogidas en una coleta. Hasta que no me acerqué lo suficiente, no me di cuenta del gran parecido que tenía con el Toro. Se diría que era como su hermano gemelo, solo que este, a parte del pelo, tenía las facciones más suavizadas y su gesto parecía más amable. Fue entonces cuando lo comprendí. Me acerqué a él y sin mediar palabra le mostré la fotografía que el Toro me había dado justo antes de morir. El tipo se me quedó mirando extrañado.

— ¿Le conocías? —me preguntó.

Asentí.

— Tú eres el de la fotografía, ¿verdad? Él me dijo... me pidió que te encontrase.

— Él estaba interno cuando ocurrió. Mi hermano siempre ha causado muchos problemas. ¿De qué le conoces? No era de hacer amigos y lo único que sé es que era un peligroso asesino.

— Puede que lo fuera —le dije— Pero para mí, fue la persona que curó mi enfermedad.

EL TORO

Naru Ishida

Ahora el tipo me observó directamente y con interés. Me sonrió mientras una suave brisa nos azotaba, como si el alma de Hattori Takesi se fuese ahora tranquila, mecida por el cálido viento estival.